

tamente acometía empresas grandes, acostumbrados como estaban á que los reyes sus mayores no emprendieran cosa ni negocio alguno sin el consejo de sus ricos-hombres y barones. Tenían por cierto que se pensaba en imponerles para las atenciones de la guerra el tributo del bovage, el de la quinta del ganado, y otras cargas é imposiciones á que ya anteriormente se habían opuesto. Quejábanse por último de agravios hechos por el rey á sus fueros, franquicias y libertades. Mostrábase en esto unánime la opinión; y ricos-hombres, infanzones, caballeros, procuradores y pueblo, todos pensaban de la misma manera. Todas estas quejas las expusieron en las córtes de Tarazona (1283), pidiendo que ni en la guerra con Francia ni en otra alguna se procediese sin consulta y acuerdo de los ricos-hombres segun costumbre, y que se les confirmasen sus privilegios, añadiendo que cada día crecían los desafueros y opresiones que recibían de los oficiales reales, de los recaudadores de las rentas, que eran judíos, y de jueces extranjeros de otras lenguas y naciones, y que pues súbditos agraviados y oprimidos no podían ser buenos vasallos del rey ni servirle con gusto, esperaban pusiese remedio á todo.

Quiso el rey aplazar la contestación á estas demandas para cuando se desembarazase de la guerra. En su vista unieronse todos y se juramentaron para la defensa comun de sus fueros, franquezas y libertades; bajo el pacto de que si el rey contra fuero procediese contra alguno de ellos, sin prévia sentencia del Justicia de Aragon y consejo de los ricos-hombres, todos juntos, y cada uno de por sí se defendieran, y no estuvieran obligados á tenerle por rey y señor, y recibirían al infante su hijo: y que si este no les hiciese justicia, tampoco le obedecerían á él ni á ninguno que de él viniese en ningún tiempo. Tal resolución y arrogancia movió al rey de Aragon á prorogar las córtes para Zaragoza, con promesa de que allí, oídas sus quejas y agravios, los enmendaría y remediaria. En estas córtes (octubre, 1283), se pidió al rey la confirmación de todos los antiguos privilegios, fueros, cartas de donaciones de los reinos de Aragon, Valencia, Ribagorza y Teruel: que los ricos-hombres, mesnaderos, caballeros, infanzones, ciudadanos y procuradores de las villas fueren repuestos en la posesión de las cosas de que habían sido despojados desde el tiempo de su abuelo don Pedro II: que no se hiciesen pesquisas de oficio y sin impedimento de parte: que los jueces fuesen todos naturales del reino: que el rey no pusiese justicias en villa ó lugar que no fuese suyo: que se aboliese el tributo de la quinta; y por último que se volviese á cada clase del Estado todos los privilegios y preeminencias de que habían gozado antes á fuero de Aragon: en lo cual todos estaban conformes, «teniendo concebido en su ánimo tal opinión, que Aragon no consistía ni tenía su principal ser en las fuerzas del reino, sino en la libertad; siendo una la voluntad de todos, que cuando ella feneciese se acabase el reino (1).» El rey atendida la conformidad y unanimidad que en esto había, les otorgó y confirmó cuanto le demandaban. Este fué el famoso *Privilegio General de la Union*, base de las libertades civiles de Aragon, tantas veces comparado por los políticos á la *Charta Magna* de Inglaterra, y que en realidad mas que un nuevo privilegio era la confirmación escrita de los que de muy antiguo gozaban ya los aragoneses.

Los valencianos á su vez reclamaron ser juzgados á fuero de Aragon, con arreglo á un privilegio de don Jaime el Conquistador; y don Pedro, puesto ya en el camino de las concesiones, accedió igualmente á su demanda. Mas como luego fuese á Valencia á activar los preparativos de la guerra, y mientras los aragoneses reunidos en la iglesia mayor de San Salvador ratificaban el juramento de Tarazona, y se obligaban á la union con mutuos rehenes, y nombraban conservadores del reino, y establecían ordenanzas y procedimientos contra los transgresores, el rey don Pedro buscaba en Valencia un apoyo contra Aragon, y con amenazas obligó á los valencianos á que desecharan el fuero aragonés, y se rigieran por el fuero particular de Valencia, pregonándose públicamente por la ciudad que quien no quisiese vivir bajo aquellas

(1) Palabras de Zurita, lib. IV de los Anales, cap. 38.

leyes saliese del reino en el término de diez dias y bajo la pena de la vida y de la hacienda.

Prometiase el rey don Pedro y esperaba hallar mas propicios ó menos exigentes á los catalanes, sus mas activos auxiliares y sus mas fieles servidores en la empresa de Sicilia y en la guerra de la Pulla y la Calabria. Mas como en las córtes que seguidamente tuvo en Barcelona le presentasen tambien algunas quejas de agravios (enero, 1284), apresuróse á confirmarles todos los usages, privilegios y fueros que tenían de los condes y reyes sus antecesores, los alivió del bovage y los relevó del odioso impuesto de la sal. En recompensa y agradecimiento le ofrecieron un apoyo eficaz para la guerra de Francia, y hasta el clero, no obstante estar el papa en contra de su soberano, puso á su disposición las rentas de la Iglesia. Mas como los aragoneses vieran que el rey difería repararles los agravios, y sospecharan que intentaba emplear el ejército catalán contra los de la Union, enviáronle á decir en cuanto á lo primero, que hasta que lo cumpliese no esperara que fuesen en su servicio, y en cuanto á lo segundo, que no permitirían de modo alguno que gente extranjera pisara el suelo aragonés, para lo cual se favorecerían de quien pudiesen; y para mas asegurarse los de la Union, procedieron á ajustar por sí y como de poder á poder treguas con los navarros. No se vió en parte alguna ni nobleza mas altiva, ni pueblo mas celoso de su libertad, ni autoridad real mas cercenada por los derechos y franquicias populares.

Como si fuesen pocas estas contrariedades que al gran rey don Pedro se le suscitaban dentro de sus dominios y por sus propios súbditos para mortificarle y detener el vuelo á los ímpetus de su animoso corazón, vino de fuera otra, que por su carácter y procedencia era la mayor de todas. Su incansable enemigo el papa Martín IV, que no le perdonaba nunca la ocupación de la Sicilia, no contento con haberle excomulgado y privado del reino, y en virtud de la facultad de disponer de sus dominios que en la sentencia de deposición se había reservado, ofreció la investidura de los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia al rey Felipe de Francia para cualquiera de sus hijos que no fuese el primogénito, haciéndole donación de ellos en nombre de la Iglesia, para que los poseyese perpetuamente por sí y por sus sucesores como legítimo rey y señor de ellos, estableciendo el orden y las condiciones de sucesión, facultando al monarca francés para que con el favor de la Iglesia y por la fuerza de las armas hiciera á don Pedro de Aragon evacuar el territorio de los que por sentencia pontificia habían dejado de ser sus Estados, y dándole para ello por tres años las décimas de todas las rentas eclesiásticas del reino. Aceptado, despues de algunos reparos, por el rey de Francia el ofrecimiento, fué elegido para rey de Aragon su hijo Carlos de Valois, de acuerdo con el legado pontificio encargado de la negociación, el cual en señal de investidura puso sobre la cabeza de Carlos su sombrero de cardenal, de cuyo acto y de no haber llegado á reinar fué comunmente llamado *Rey del chapeo* (2). Y comenzó el joven Carlos, de edad de quince años entonces, á usar del sello de Aragon con la leyenda: *Carlos, rey de Aragon y de Valencia, conde de Barcelona, hijo del rey de Francia* (3). La guerra contra Ara-

(2) Cuenta Muntaner que en esta ceremonia le dijo á Carlos su hermano mayor Felipe (el llamado despues el *Hermoso*): «Y bien, hermano, ¿con que te haces llamar rey de Aragon?—Ciertamente que sí, contestó Carlos, como que soy realmente rey de Aragon.—En verdad que sí, replicó Felipe: eres rey, rey del sombrero hechura del cardenal (*roi du chapeau de la façon du cardinal*).»

(3) Las condiciones con que el de Valois recibía el reino eran en general tan en provecho de la Santa Sede como humillantes al rey. Obligábase este á conservar á sus nuevos súbditos sus fueros y libertades en todo lo que no fuese contrario á los sagrados cánones y á los derechos de la Iglesia: á no hacer paz ni tregua con don Pedro de Aragon ni con sus hijos sin consentimiento de la silla romana: á hacer al papa y á sus sucesores reconocimiento y juramento de fidelidad y homenaje; y á pagar á la tiara pontificia un tributo anual de quinientas libras tomesas: si á falta de sucesores directos la corona de Aragon pasaba á un príncipe no católico ó no devoto de la Santa Sede, tendría esta la administración del reino durante la vida de dicho príncipe: la corona de Aragon no podía reunirse nunca en una misma cabeza con la de Francia, Inglaterra ni Castilla, en cuyo caso volvía á ser de la Iglesia, etc.

gon quedó resuelta, y el papa ¡cosa inaudita! concedió indulgencia plenaria á todos los que personalmente asistiesen ó de cualquier modo ayudasen á aquella guerra contra un rey y un reino cristiano, de la misma manera que se concedía á los que iban á la conquista de la Tierra Santa y á pelear contra infieles. En vano se esforzaba el rey don Pedro en demostrar al pontífice lo injusto de sus sentencias suplicándole las revocase, y los primeros embajadores que para esto envió fueron detenidos y presos por el rey de Francia.

Para que fuese mas apurada su situación, mientras el monarca aragonés sitiaba y combatía la ciudad de Albarracín para hacerla entrar en su obediencia, los de la Union reunidos en Zaragoza le enviaban nuevas instancias diciéndole que se apresurase á repararles los agravios generales y particulares, con arreglo al Privilegio General, que cumpliese lo que había prometido, que revocase lo del fuero particular de Valencia, que repusiese al Justicia de Aragon á quien sin causa suficiente había suspendido de oficio, que les restituyese los bienes de que su padre los había despojado, con otras varias peticiones, acordando otra vez y haciendo jurar á las villas y lugares que nadie iría en hueste al servicio del rey hasta que todos los capítulos les fuesen cumplidos. El rey tuvo que acceder á todo jurándolo y confirmando con el infante don Alfonso, y suplicando á los de la Union que pues todo lo otorgaba y cumplía tuviesen á bien no embarazarle en el servicio que tanto necesitaba para defender su reino contra los extranjeros que le amenazaban.

Agolpábase de una manera prodigiosa los sucesos. El almirante Roger de Lauria ganaba para el rey de Aragon en los mares de Nápoles y de Sicilia los triunfos que antes hemos referido; pero la Francia hacia formidables aprestos de guerra, Carlos de Valois recibía la investidura del reino de Aragon, y su hermano Felipe, el primogénito de Felipe III el Atrévado, tomaba posesión del de Navarra, enlazado ya con la princesa doña Juana, la hija del segundo Enrique. El rey de Castilla don Alfonso el Sabio había muerto, y empuñaba el cetro castellano su hijo don Sancho el IV. El rey de Aragon, destronado por el papa, amenazado de los extraños por Navarra y Cataluña, y deservido por los suyos en su propio reino, volvía los ojos á todas partes en busca de aliados. El de Castilla, con quien se vió cerca de Soria (en Ciria), prometió ayudarle con su persona contra la Francia: el emperador Rodolfo de Alemania, á quien representó para traerle á su amistad el derecho que sus hijos tenían al ducado de Saboya, ofreció que pasaría como aliado suyo á Italia, para reclamar tambien la corona del imperio que le negaban los papas. Eduardo de Inglaterra, á quien igualmente se dirigió el aragonés, no se atrevió á romper con Francia y permaneció neutral. Esto no impidió al animoso don Pedro para que, rendida y tomada Albarracín, hiciera con huéspedes de Valencia una atrevida incursión en Navarra, talando y quemando lugares y campañas, de donde volvió, hecho grande estrago, á Zaragoza. Mas los ricos-hombres y caballeros de su reino ni desistían de sus pretensiones ni le dejaban reposar. Congregados los de la Union, primero en Zaragoza, despues en Huesca y luego en Zuera, no pararon hasta lograr que el Justicia de Aragon fallara y sentenciara como juez entre el rey y los querellantes. Estos demandaban, el monarca respondía y el Justicia sentenciaba, absolviendo ó condenando al rey, concediendo ó negando á los querellantes, segun le parecía que era de justicia y de fuero. Concedióse otra vez á los de Valencia ser juzgados á fuero de Aragon, y un caballero aragonés se puso por Justicia general de aquel reino.

Cuando con tales embarazos y dificultades luchaba el gran rey don Pedro, la Francia toda se había puesto en movimiento para la guerra contra Aragon con un aparato imponente y desusado. Habíase hecho acudir todas las naves de Nápoles y la Pulla á los puertos de Francia y de Provenza, y hallábase aparejadas ciento y cuarenta galeras, con sesenta tárdas y varias otras embarcaciones, con gente de Francia, de Provenza, de Génova, de Pisa, de Lombardia y de los Estados de la Iglesia. Constaba el ejército de tierra de ciento y cincuenta mil hombres de á pié, diez y siete mil ballesteros y diez y ocho mil seiscientos caballeros de paraje. Á la voz del

legado del papa, que con un fervor muy plausible si la causa hubiera sido mas justa había predicado una cruzada como si fuese para una guerra contra infieles, acudían peregrinos de ambos sexos de todas las naciones, franceses, lombardos, flamencos, borgoñones, alemanes, ingleses y gascones, á ganar las indulgencias, incorporándose al ejército hasta cincuenta mil de estos devotos, armados de bordones y de rosarios. El rey de Francia Felipe el Atrévado sacó de la iglesia de Saint-Denis con gran ceremonia el oriflama (que así llamaban ellos al estandarte real), y púsose en marcha para Tolosa, punto de la reunion general, para entrar por el Rosellon (abril, 1285).

Acababa de hacer crítica la situación del rey don Pedro la connivencia en que supo estaba con el monarca francés el rey de Mallorca don Jaime su hermano, á quien pertenecía el Rosellon, punto por donde las tropas francesas habían de pasar para entrar en Cataluña. Nunca amigo don Jaime, y siempre envidioso de su hermano, aun en vida de su padre, guardábase el resentimiento del feudo que le había obligado á reconocer antes de su expedición á Africa y Sicilia, y halagaba por otra parte su ambición la escritura que el rey de Francia le había hecho de darle el reino de Valencia si le ayudaba con todo su poder á la conquista de Cataluña. Convencióse don Pedro de la mala voluntad de su hermano por diferentes pruebas que de ella hizo. Otro que no hubiera sido el conquistador de Sicilia se hubiera abatido al ver conjurados contra sí tantos elementos. El imperturbable aragonés con heroica resolución se determinó á dar un atrevido y enérgico golpe de mano. Don Pedro, tomando consigo unos pocos caballeros de su confianza con algunas compañías escogidas de á caballo, parte de Lérida, atraviesa el Ampurdán, penetra en el Rosellon, y andando de dia y de noche cauta y sigilosamente, por montes y desusadas veredas, llega sin ser sentido á las puertas de Perpiñan, donde se hallaba el rey don Jaime su hermano, entra en la ciudad donde es recibido con alegría y aplauso, apodérase del castillo en que moraba don Jaime, deja guardas en él no queriendo ver á su hermano que se encontraba algo enfermo, pasa á tomar las casas del Templo, donde aquel tenía sus alhajas y sus tesoros, y enviándole dos de sus caballeros obliga á don Jaime á que en virtud del homenaje que le debía le haga entrega de todas las fuerzas y castillos del Rosellon para defenderse en ellos y ampararse contra sus enemigos. Hecho esto, temeroso don Jaime de que su hermano quisiera prenderle, escápase de noche de la fortaleza por una mina que salía léjos de Perpiñan, dejando á merced de don Pedro su esposa y sus cuatro hijos. La reina y la infanta fueron generosamente devueltas á don Jaime, escoltadas por algunos barones catalanes sus deudos: los tres hijos los llevó consigo don Pedro en rehenes (1). Dado este golpe, y no conviniéndole á don Pedro permanecer en Perpiñan, volvióse á Cataluña por la Junquera.

El ejército francés avanzó hácia el Rosellon entrando por la montaña y camino de Salces. Marchaba delante una muchedumbre de cerca de sesenta mil hombres, armados de palos y de piedras, gente menuda, forrajeros, regateros y chalanés, á quienes se pagaba un tornés diario, escoltados por solos mil hombres de á caballo, y á quienes se enviaba los delanteros para que recibiesen los primeros golpes del enemigo. En el grueso del ejército, dividido en cinco cuerpos, venían el rey de Francia y sus dos hijos Felipe y Carlos, que ambos se titulaban reyes de España, de Navarra el uno, de Aragon el otro; muchos principales barones y condes, el cardenal legado con la bandera de San Pedro y seis mil soldados á sueldo de la Iglesia. Dirigiéronse los cruzados á Perpiñan, en cuyo campo fué á reunírseles el fugado rey de Mallorca don Jaime con los caballeros de su casa y corte, el cual puso á disposición del rey de Francia sus castillos del Rosellon. Negáronse no obstante á admitir las tropas francesas las ciudades de Perpiñan, Elna, Colibre y otras poblaciones del condado. Perpiñan fué entrada por sorpresa; Elna resistió con

(1) Estos fueron algun tiempo despues rescatados por un caballero de Carcasona, y llevados al rey de Mallorca su padre, el cual los hizo conducir á Paris como fianza de sus promesas al rey de Francia.



vigor muchos y fuertes ataques, pero tomada al fin por asalto, todos sus defensores fueron sin distinción de edad ni sexo pasados á cuchillo, sin que los valieran los lugares más sagrados (25 de mayo); ejecución horrible, á que por desgracia contribuyeron las exhortaciones fogosas del cardenal legado, que no cesaba de predicar que aquellas gentes habían menospreciado las órdenes de la santa madre Iglesia, y eran auxiliares de un hombre excomulgado é impío (1). Fuése después de esto derramando el ejército por todo el condado, y dudando el rey de Francia por dónde haría su entrada en Cataluña, resolvió al fin (4 de junio) tentar el paso por el collado de las Panizas, montaña situada entre el puerto de Rosas y Castellon de Ampurias.

Don Pedro de Aragón, después de haber tomado cuantas medidas pudo para la defensa de las fronteras de Navarra, por donde en un principio creyó iba á acometer su reino el hijo mayor del monarca francés, sabiendo luego que todo el ejército enemigo se encaminaba á Cataluña, hizo un llamamiento general á todos los barones y caballeros catalanes y aragoneses para que acudiesen á la comun defensa y fuesen al condado de Ampurias donde le encontrarían. Apelo también en demanda de socorro al rey don Sancho de Castilla, recordándole el deudo que los ligaba y el compromiso y pacto de la amistad y alianza de Ciria. Pero el castellano, que ya había sido requerido antes por el de Francia y en nombre de la Iglesia para que no favoreciese en aquella guerra al de Aragón, excusóse dando por motivo que necesitaba su gente para acudir á la Andalucía que el rey de Marruecos tenía amenazada. Los barones y ciudades de Cataluña y Aragón tampoco respondieron al llamamiento, y desamparado de todo el mundo el rey don Pedro, con solos algunos barones catalanes y algunas compañías del Ampurdan, sin abatirse su ánimo, confiado en Dios, en su propio valor, en la justicia de su causa, en que sus vasallos volverían en sí y le ayudarían, marchó resueltamente al Pirineo, decidido á disputar en las crestas de aquellas montañas y con aquel puñado de hombres el paso de sus reinos al ejército más formidable que en aquellas regiones desde los tiempos de Cárlo Magno se había visto. Don Pedro reparte sus escasísimas fuerzas por las cumbres más enrisecadas de la sierra de Panizas y del Pertús y otros vecinos cerros; manda encender hogueras doquiera hubiese un solo montañés de los suyos para que apareciese que estaban todos los collados coronados de tropas; hace obstruir con peñascos y troncos de árboles la única angosta vereda por donde podían subir los hombres, y por espacio de tres semanas el rey de Aragón casi solo defendió la entrada de su reino contra las innumerables huestes del rey de Francia recogidas de casi todas las naciones de Europa en nombre del jefe de la Iglesia.

Un día el legado del papa, después de haber manifestado al monarca francés su admiración y su impaciencia por aquella especie de tímida inacción en que le veía, envió un mensaje al aragonés requiriéndole que dejase el paso desembarazado y entregase el señorío que la Iglesia había dado á Carlos de Francia, rey de Aragón. «*Fácil cosa es*, respondió muy dignamente el rey don Pedro, *dar y aceptar reinos que nada han costado; mas como mis abuelos los ganaron á costa de su sangre, tened entendido que el que los quiera los habrá de comprar al mismo precio* (2).» Entre tanto el infante don Alfonso trabajaba activamente en Cataluña excitando á la gente del país á que acudiese á la defensa de la tierra, y al toque de rebato ó somaten concurrían los catalanes armados, según usaje, y cada día iba el rey recibiendo socorros y refuerzos de esta gente así allegada, con la cual y con los terribles almogavares, tan ágiles y tan prácticos en la guerra de montaña, hizo no poco daño al ejército enemigo hasta en sus propios reales. Cuando ocurría alguna de estas rápidas é impetuosas acometidas, el primogénito del monarca francés, que siempre había mirado con disgusto la investidura del reino

(1) Guill. de Naug. in Duchesne, Scrip. Rer. Franc. t. V.—Desclot, 141.—Cron. San Bert. en Dom Martenne, tom. III.—Hist. de Languedoc.

(2) Desclot, c. 144 y sig.

de Aragón dada á su hermano, á quien llamaba *Rey del campo*, solía decirle á Carlos: «*Y bien, hermano querido; ya ves cómo te tratan los habitantes de tu nuevo reino: á fe que te hacen una bella acogida!*» Y desde aquellos mismos riesgos y encumbrados ruecos no dejaba el rey de Aragón de atender á los negocios y necesidades de otros puntos del reino, ya dando órdenes para la conveniente guarda de la frontera navarra, ya excitando el celo patriótico de los ricos-hombres, caballeros y universidades, ya mandando armar galeras y que viniesen otras de Sicilia para proveer por mar á lo que ocurriese, dando el gobierno de ellas á los diestros almirantes Ramon Marquet y Berenguer Mayol, ya haciendo él mismo excursiones arrojadas en que alguna vez se vió en inmediato peligro de caer en una asechanza y perder la vida, y lo que es más singular y extraño, bajo el pabellón de aquel rústico campamento recibía á los embajadores del rey musulmán de Túnez Abu Hoffis, y firmaba con ellos un tratado de comercio mutuo por quince años, en que además se obligaba el sarraceno á pagarle el tributo que antes satisfacía á los reyes de Sicilia, con todos los atrasos que desde antes de las Visperas Sicilianas debía á Carlos de Anjou, cuyo pacto prometió el rey de Aragón que sería ratificado por la reina su esposa y por su hijo don Jaime, heredero del trono de Sicilia (3).

Desesperados andaban ya el monarca francés y el legado pontificio, y descontentas y desalentadas sus tropas, sin saber unos y otros qué partido tomar, cuando se presentó el abad del monasterio de Argeléz, que otros dicen de San Pedro de Rosas, enviado por el rey de Mallorca al de Francia, dándole noticia de un sitio poco defendido y guardado por los aragoneses, y en que fácilmente se podía abrir un camino para el paso del ejército. Era el llamado Coll, ó Collado de la Manzana. Hízole reconocer el francés, y enviando luego mil hombres de á caballo, dos mil de á pie, y toda la gente del campamento que llevaba hachas, palas, picos y azadones, trabajaron con tal ahínco bajo la dirección del abad y de otros monjes sus compañeros, que en cuatro días quedó abierto un camino por el que podían pasar hasta carros cargados. Penetró, pues, el grande ejército de los cruzados por este sitio en el Ampurdan (del 20 al 23 de junio). Conoció el rey don Pedro el mal efecto y desánimo que este suceso podía producir en el país, y procuró remediarlo en cuanto podía con una actividad que rayaba en prodigio, recorriéndolo todo, queriendo hallarse á un tiempo en Perelada, en Figueras, en Castellon, en Gerona, en todas partes. El sistema que adoptó fué abandonar las posiciones que no podían defenderse, mandar á los habitantes que evacuaran las poblaciones abiertas y se retiraran á las asperezas de las montañas, y concentrar la defensa á los lugares más fuertes, á cuyo efecto despidió la gente y banderas de los concejos, quedándose solo con los ricos-hombres y caballeros y con los almogavares. El ejército francés se derramó por el interior del Ampurdan mientras su armada se posesionaba de los puertos de la costa desde Colibre hasta Blanes. Como se lamentase el rey de no poder defender la villa de Perelada y del daño que desde ella podían hacer los franceses en todo el Ampurdan, el vizconde de Rocaberti, que era señor de la villa, le respondió: «*Dejad, señor, que yo proveeré de remedio, de modo que ni los enemigos la tomen, ni de ella pueda venir daño á la comarca.*» Y marchando á ella con su gente, púsole fuego y la redujo á cenizas. Por tan heroica acción fué destruida la villa de Perelada, patria del cronista Muntaner, á quien debemos muchas de las noticias de estos sucesos que en su tiempo pasaron. Castellon de Ampurias se entregó á los franceses luego que salió de allí el rey don Pedro, y el legado del papa daba con pueril solemnidad la posesión de la soberanía de Cataluña á Carlos de Valois en el castillo de Lerz. Don Pedro de Aragón se fijó en la fortificación y defensa de Gerona, que encomendó al vizconde de Cardona, mandando salir de la plaza á todos los vecinos, y presidiéndola con dos mil quinientos almogavares y sobre ciento y treinta caballos. El monarca francés Felipe el Atrevido procedió á poner sitio á Gerona, no sin haber hecho antes tenta-

(3) Existe este documento original en el Archivo de Aragón, reg. Petri III, lit. B. fol. 81.

tivas inútiles para ganar al vizconde y hacer que faltase á la fidelidad prometiéndole que le haría el hombre más rico que en España hubiese.

Por fortuna á la presencia de tan graves peligros convencieronse al fin los aragoneses de la necesidad de acudir á la defensa de la tierra y de dar eficaz apoyo al soberano. Congregados los de la Union, ricos-hombres, mesnaderos, infanzones y procuradores de las villas y lugares del reino en la iglesia de San Salvador de Zaragoza, concordáronse y conviniéron, aun aquellos que se tenían por más desafortados y agraviados del rey, y á pesar de no haberse cumplido las sentencias dadas por el Justicia de Aragón en las cortes de Zuera, en suspender toda querrela y reclamación, y ayudar y servir al rey en aquella guerra (julio, 1285). Con los nuevos auxilios que los de la Union le facilitaron fatigaba el rey don Pedro los enemigos con continuas acometidas y escaramuzas, siendo el primero en los peligros, sufriendo todas las privaciones como el último de sus soldados, aventajándose á todos en intrepidez, no descansando nunca y nunca desmintiendo que era digno hijo de don Jaime el Conquistador. Por su parte los atrevidos corsarios catalanes difundían el terror por la costa, asaltando y apresando las naves que de Marsella y otros puertos conducían bastimentos y vituallas á los franceses, mientras los almirantes de la pequeña escuadra catalana, Marquet y Mayol, embestían y destruían por medio de una audaz y bien combinada maniobra veinticuatro galeras de la armada francesa que estaba entre Rosas y San Felio, haciendo prisionero á su almirante. Los victoriosos marinos entraron en Barcelona haciendo justa ostentación de su triunfo, que fué celebrado en la ciudad con públicos y brillantes festejos. En la parte de tierra, cerca de Gerona, un encuentro formal se había empeñado entre dos cuerpos de españoles y franceses, en que el rey de Aragón metiéndose en los más recios y bravo de la pelea hizo prodigios de valor manejando la maza mejor que otro guerrero alguno de su tiempo, y matando por su mano entre otros al conde de Clairmont, al porta-estandarte de los franceses, y al conde de Nevers, que le había arrojado una azcona montera con tanta furia que atravesó el arzon de la silla de su caballo (15 de agosto). A pesar de esto, receloso el aragonés de verse envuelto por el grueso del ejército enemigo, retiróse con los suyos á la sierra, dejando el campo á los franceses que se aprovecharon de esta circunstancia para proclamar que había sido suya la victoria. No obstante esto, como viese el cardenal legado la tenaz resistencia del país, con que sin duda no había contado, «*¿Qué-nes son, le preguntaba al rey de Francia, estos demonios que nos hacen tan cruda guerra?*—*Son*, le respondió el rey Felipe, *gentes las más adictas á su señor; antes les cortarais la cabeza que consentir ellos en que el rey de Aragón pierda una pulgada de su reino; y asegúroos que vos y yo, por vuestro consejo, nos hemos metido en una empresa temeraria y loca.*»

El sitio de Gerona continuaba apretado y fuerte. A los impetuosos y recios ataques de los franceses respondía la bravura del de Cardona y sus almogavares. Cuando los sitiadores, por efecto de una mina que habían practicado, vieron desplegarse un lienzo de la muralla, encontráronse con un murallón que mas adentro habían levantado ya con admirable previsión y actividad los sitiados. Comenzaron estos á padecer grandes necesidades y miserias por la falta de bastimentos; pero en cambio se declaró en el campo enemigo, á consecuencia de los excesivos calores del estío, una epidemia que iba diezmando grandemente no solo á los soldados, sino también y aun más especialmente á los barones y á la gente de mas cuenta. Tentaciones tuvo el monarca francés de alzar su real de Gerona, mas detúvole la esperanza de que el vizconde, á quien hizo intimar la rendición, se daría á partido por la falta absoluta que padecía de provisiones. Pidióle el catalán el plazo de seis días para deliberar con los suyos, y dando entre tanto aviso al rey de Aragón consultándole sobre lo que debería hacer en la estrechez en que se veía, y habiéndole respondido el monarca que hiciese tan honroso concierto como su situación le permitiera, pero reservándose el término de veinte días, dentro de los cuales procuraría proveerles de víveres,

asentóse entre el rey Felipe de Francia y el vizconde Ramon Folch de Cardona una tregua de veinte días, pasados los cuales, si los sitiados no eran socorridos, se entregaría la ciudad, con mas otros seis días de término para que la guarnición y habitantes tuviesen tiempo de evacuar la plaza con sus armas y sus haberes.

Una ingratitud tan inesperada como injustificable, y que produjo general sorpresa y escándalo, causó también en situación tan crítica al rey don Pedro mas disgusto y pesadumbre que trastorno y daño. Aquel Alaymo de Lantini, en quien el rey había tenido tanta confianza, que tanto había contribuido á expulsar los franceses de Sicilia, y á quien el monarca aragonés había hecho gran Justicier de aquel reino, aquel hombre de tan grandes prendas y que tantos servicios había prestado á don Pedro de Aragón, mudó de partido, ó por resentimiento, ó por envidia, ó por otra causa que no señalan bien las historias, y había escrito al rey de Francia, ofreciendo pasarse á su servicio, y que si le diese un número de galeras armadas volvería á poner bajo su obediencia la isla. Sospechados primeramente estos tratos por el infante don Jaime, é interceptadas después las cartas, su mujer y sus hijos fueron presos en el castillo de Mesina, y él, que había sido enviado con disimulado pretexto á España, fué primeramente apercebido con notable clemencia y blandura por el rey don Pedro, y como mas adelante diera muestras de poco arrepentimiento y resultara cómplice de un horrible asesinato, hízole aquel encerrar bajo buena custodia en el castillo de Ciurana.

En contraposición á esta incalificable ingratitud, otro personaje siciliano, con la mas acendrada y caballerosa lealtad al rey de Aragón, vino á salvar á Cataluña como antes había salvado á Sicilia. El famoso almirante Roger de Lauria, terror de napolitanos y franceses en las aguas del Mediterráneo, después de reducir la ciudad y principado de Tarento, único que restaba conquistar en Calabria, viene á España llamado por el rey don Pedro al frente de cuarenta galeras acostumbradas á combates y triunfos navales. El rey de Aragón, dejando todo otro cuidado, pasa á Barcelona á conferenciar con el ilustre marino, y queda resuelto combatir la grande armada francesa hasta destruirla, sin reparar en que fuese mucho mayor el número de sus naves. Cerca del cabo de San Felio de Guixols se encontraron ambas flotas en una noche tenebrosa en que no se distinguían las armas ni banderas de ninguna de las dos naciones. En aquella confusión y oscuridad se comenzó una batalla terrible. Los catalanes para entenderse entre sí apellidaban *Aragón!* y los provenzales con objeto de no ser conocidos gritaban *Aragón!* también. El almirante Lauria hizo encender un fanal á la proa de cada galera, y los franceses á su imitación encendieron otro en cada una de las suyas. No les valió, sin embargo, ni esta traza ni la confusión que con ella se proponían aumentar. Después de un encarnizado combate, en que los ballesteros catalanes, aquellos ballesteros que no tenían en el mundo quien los igualara en el manejo de su arma, hicieron maravillas de valor, y en que el almirante Roger embistió con su capitana una galera provenzal llevando todos los remeros de un costado y no quedando ballesteros ni galeote que no fuese al mar, la victoria comenzó á declararse con la fuga de doce galeras francesas que á favor de la oscuridad se salieron tomando el derrotero de Rosas; otras trece fueron apresadas con sus dos almirantes y toda su gente de armas. Al otro día marchó en seguimiento de las doce fugitivas, y no paró hasta apoderarse de ellas también. En vano alegaron la tregua de Gerona; el almirante respondió que aquella tregua nada tenía que ver con la gente y fuerzas de mar. Estos triunfos decidieron la superioridad de la marina catalana sobre la francesa, y tuvieron el influjo que veremos luego sobre el resultado y término de la guerra. Pero el bravo Roger de Lauria cometió en esta ocasión, con mas detrimento que gloria para su fama y nombre, crueldades horribles: como si quisiese exceder á las que los franceses ejecutaron á la entrada de Cataluña, mandó arrojar al mar hasta trescientos heridos, y á otros doscientos cincuenta prisioneros que no lo estaban los hizo sacar los ojos, y atados unos á otros con una larga cuerda hízolos conducir y presentar al rey Felipe de Francia en el campamento de